

Ernst Jünger: la resistencia al presente

SALVADOR GALLARDO CABRERA

La gran mudanza

Uno. El tema de la mudanza del tiempo y de las cosas era para el saber clásico un vasto recurso literario antes que un conocimiento contrastable. Una cuadrícula privilegiada para el juego de las representaciones. La mudanza, ese espacio abierto inventado por los griegos, fue convertida en figura retórica: el río que fluye y que es y no es el mismo, la progresión de las estaciones, las mutaciones en el cambiante cuerpo —y en la no menos cambiante alma—. El fluir eterno. Motivo de queja cuando el ansia y el tiempo no corrían al parejo, fue elevada a la categoría de efecto por los románticos. “Es sólo *en apariencia* que avanzamos”, escribió Novalis. La mudanza, bruma lírica. Saber edificante, reserva artificiosa de sabiduría natural.

Dos. ¿Con qué nuevos ojos se comienza a distinguir la aceleración del tiempo, la cotidianidad del cambio después de la primera guerra mundial?

Algo se ha roto en la realidad del tiempo. Todo lo sólido, según Marx, se desvanece en el aire. Lo que estuvo fuertemente relacionado, ahora ondula suelto. Rilke ve llegar vacías cosas indiferentes; manzanas o uvas que no tenían nada en común con la fruta o el racimo en que había penetrado “la esperanza y el ensimismamiento de nuestros antepasados”. Ahora, “la cosas vividas y animadas, las cosas que comparten nuestro saber, decaen y no pueden ya ser sustituidas. Nosotros somos los últimos que hemos conocido todavía semejantes cosas”.

El veneno de la provisionalidad permanente, de la inconsistencia en los medios, de la ambigüedad, se asemeja a un paisaje de transición. En este paisaje se dio una mutación de conceptos e instituciones del siglo XIX; se disolvió el *nomos* hereditario, se redujo el estamento campesino. Con la primera Guerra Mundial terminan las monarquías absolutas y la vieja moral parece incapaz de sobreponerse a los hechos.

Es una época de mudanza, de claroscuro, en la cual los fenómenos netamente definidos pierden sus contornos. Los antiguos valores ya no tenían curso y los nuevos todavía no se habían impuesto.

Dar nombre a los nuevos poderes era el auténtico riesgo.

La edad de la radiación

Uno. La primera gran ficción de Jünger podría contarse así: los titanes han regresado del olvido en una figura que representa el sentido del mundo en esta época. La aparición de la figura del Trabajador muestra una nueva constelación que, por medio de la técnica, despliega la movilización del mundo. Por tanto, el Trabajador no representa ni un estamento, ni una clase, ni una nación. No es una magnitud económica sino un carácter planetario. Su meta es el dominio total en un Estado Mundial. De ahí que la técnica no sea un órgano del progreso como en el espacio burgués. Su tarea, ahora, es hacer real el dominio: lograr la totalidad del tipo “trabajador” por medio de la movilización del espacio técnico.

Jünger ha dicho que en *El Trabajador* (1932) intentó “recobrar las esencias que Marx había destilado de Hegel y ver, en lugar de un personaje económico, una figura...” Para la figura del Trabajador lo primero es el poder; la economía es secundaria. Lo que muestra un quiebre, una ruptura con la concepción predominante del trabajador en el siglo XIX como un ser falto, sufriente. En ese mismo siglo se formó la idea de nación de acuerdo al modelo del individuo. Pero el Estado nacional, con sus fronteras y leyes, presupone la tierra repartida para afianzar su poder encubierto, su esclavitud encubierta. Y al Trabajador, dice Jünger, “le repugna la tierra repartida”. Además, los principios del Estado nacional no bastan para acceder a la identidad del poder y el derecho. De lo cual dio ejemplo la Sociedad de las Naciones cuyo vértice

se asentaba en una desproporción: la vigilancia sobre unos espacios enormes de derecho a partir de una potestad ejecutiva risible.

En 1932 Jünger preveía la pérdida de sentido de las fronteras y la crisis de prestigio de los gobiernos representativos. Antes de la guerra de 1939, dice Georges Burdeau, a la vez que se criticaba su valor como doctrina, en varios estados habían desaparecido ante formas políticas que los negaban. De entonces data lo que posteriormente se conocería como la crisis de la democracia representativa. Según Jünger para remontar ese estado de cosas debería surgir un Estado Mundial. Su dominio debía darse en la superación de los espacios de anarquía, de variabilidad, por un orden nuevo. Sólo el dominio total clausuraría la movilización del mundo.

Dos. En *Abejas de cristal* (1957), Jünger narra la historia de un ex oficial de caballería que, una vez terminada la primera Guerra, debe servir en la división de tanques. La técnica ha destruido las competencias individuales, ha modificado la índole del trabajo y de su *ethos*. El capitán Richard, personaje de esta novela, no encuentra lugar en un mundo que prestigia el orden de la uniformidad y suprime la especificidad. La técnica ha evolucionado hasta convertirse en el lenguaje mundial. El poder sobrepasó la esfera del derecho.

La tierra está mudando de piel. Todo es planetario: el telégrafo, las conexiones, el paisaje de talleres. Sin embargo, no hay un orden planetario: "países que se pueden sobrevolar en cinco minutos quieren mantener sus fronteras..." Habría que desprenderse del concepto de nación tal como lo acuñó la Revolución francesa. De otra forma, ¿cómo se puede administrar razonablemente y valorizar económicamente los potenciales de que se dispone? Pero el cambio de piel asusta "y con razón retrocedemos ante una nueva moral que correspondiese a los hechos". En un paisaje de transición todo es borroso; el plan total, su dirección y meta, resultan invisibles. El capitán Richard, que entretanto ha aceptado trabajar en una fábrica de prototipos de tecnología avanzada, se sabe presa de un juego que ciertamente facilita mucho la existencia, pero al mismo tiempo la pone en peligro. Y es que durante la muda de piel la serpiente queda ciega.

Tres. Para una época que ha hecho de la democracia un lugar común o un paradigma político, el pensamiento de Jünger, situado fuera de las tesis liberales, resulta incómodo. Se ha dicho que el Estado mundial es un Estado totalitario; una configuración que alimentó los afanes expansivos del nazismo. Sería más acertado entenderlo a partir de su divisa: "*imperium et libertas*". Además, somos testigos de que el proyecto totalitario no ganó la carrera por la expansión mundial. Con todo, lo decisivo de esta configuración es que junto al Trabajador permite mediar cuánta verdad ha creado la gran ficción jüngeriana.

Cierto, el Trabajador tiene mucho de figura y muy pocos representantes singulares. Ése es el riesgo de un pensamiento, como el de Jünger, que establece una diferencia entre pensar con ideas o con figuras. Pero su concepción del mundo

del trabajo como la unidad de la vida en el trabajo mismo, alumbra varias caras de este fenómeno que estaban ocultas.

El trabajo en la edad de la radiación se ha convertido en trabajo dilatado, continuo, donde las supuestas compensaciones (jornadas de ocho horas, descanso sabatino) son, en realidad, restricciones en un sistema global, permanente, que entreteje en una materia intercambiable el trabajo y el tiempo libre.

Nadie como Jünger ha sabido extraer los matices de este sistema: quien sale de trabajar no se aleja del mundo del trabajo sino que asume una función diferente; "se convierte en un consumidor o en un receptor de noticias".

Por otra parte, si el Trabajador no se ha impuesto sí lo ha hecho la técnica. Fue justamente la reflexión sobre la técnica la línea de encuentro entre Jünger y Heidegger. En *Heliópolis* (1949) o en *Eumeswil* (1977), las novelas jüngerianas de anticipación del futuro, la técnica ha alcanzado su perfección, es decir, su obviedad.

De igual manera, si el Estado mundial no se ha realizado en tanto mando único, sí se ha universalizado el mercado. La segunda carta de Jünger es una carta ganadora: las naciones se están reabsorbiendo en las patrias, en las regiones, en los caracteres étnicos entramados por un mercado planetario.

La resistencia, la observación riente

Uno. Los puntos de interés de Jünger son múltiples; lo mismo dirige su atención a los fundamentos de la guerra que a las experiencias con drogas, las consideraciones acerca de nuestra época, los saberes ocultos de la tradición, los relatos de viajes, la entomología y las ciencias naturales, las gramáticas antiguas, la literatura fantástica, los mecanismos de transmisión del poder, las culturas fundacionales y sus mitos, el salto de lo micro a lo macro, los saberes yuxtapuestos en un mismo estrato: la astrología tanto como la astronomía, la ordenación de Linneo y las cualidades mágicas de las plantas.

A esta multiplicidad de intereses responde una diversificación de formas literarias que siempre están imbricadas, en constante combinación: la luminosa mezcla de las especies. Pocas escrituras han sacado de la propia vida tanta literatura. Pero también muy pocas vidas de escritor han sido vividas de una manera tan poco literaria, fuera de los cubículos, fuera de los congresos y los circuitos de promoción; en la línea de resistencia al presente. De ahí la ambivalencia que rodea su vida y su escritura. Ambivalencia, no confusión. Escritura donde lo exacto pesa más que lo bello, lo necesario más que lo moral.

En el camino de la ambivalencia o del desmarcage Jünger se mueve como uno de sus escarabajos favoritos. Como la cicindela en la arena, primero aguarda inmóvil, después centra un objetivo y se precipita sobre él antes de fijarse de nuevo en la inmovilidad. ¿No es éste el movimiento de las digresiones que ramifican su discurso con nuevas tramas y

datos hasta hacer del discurso una suma de digresiones? La digresión es un “extraño” en el discurso. Un extraño bienvenido que va a contar sus propias historias.

Dos. Al movimiento de la cicindela aspiran las figuras jüngerianas de resistencia al presente. Los peligros del presente, en correspondencia a un pensamiento de figuras, son caracterizados por símbolos. El símbolo de nuestras sociedades es el Titanic: en él aparecen juntos la *hybris* del progreso y el pánico, “las máximas comodidades y la destrucción, el automatismo y la catástrofe...” En su interior, las propuestas libertarias liberales nada pueden ante el automatismo que quiebra la libre voluntad y ante la coacción que se ha torna-



do compacta y universal. En el Titanic, que es al mismo tiempo Leviatán, “la oposición es un estímulo para los dueños de la violencia”. La propaganda sustituye a la moral; las instituciones son utilizadas como instrumentos de perpetuación del poder. Los derechos individuales han adquirido una naturaleza dinámica: se fundan en el poder no en su propiedad como se concede por estatuto constitucional. Por ello, la moral y el derecho no concuerdan; la mayoría puede tener el derecho a su favor y ser al mismo tiempo injusta.

¿Cómo hacer, entonces, visible la libertad en la resistencia? Cuando el *no* estipulado como derecho en las constituciones liberales sólo sirve para otorgar curso legal al *sí* mayoritario; cuando ese *no* ya estaba previsto en la forma en que se realiza la elección, ¿cómo hace la persona singular para salir de la estadística?

Jünger tantea en terrenos que escapan a la tiranía del lugar común de la democracia liberal representativa. Muchos han visto esta actitud como un signo claro de su vocación guerrera e irracionalista, de rechazo al universalismo de las formas democráticas de vida. Se trata, dicen, de explicaciones suprahistóricas de corte fatalista o de propuestas metapolíticas que acomodan los hechos sin ninguna responsabilidad.

“Intimismo esencialista” resume, en un marbete, la desaprobación a la postura jüngeriana. Desaprobación apresurada si se toma en cuenta que desde otro lado de la reflexión democrática contemporánea se atiende justamente el fenómeno radical señalado por Jünger, es decir, la igualdad pasiva frente a las enormes diferencias de función que lleva a considerar las disposiciones que se identifican con la democracia liberal como trazos para una época más lenta y socialmente menos compleja que la nuestra.

Tres. En la obra de Jünger se distinguen dos figuras que están en relación directa con el problema de la libertad en la resistencia: el Emboscado y el Anarca. Pero en letras minúsculas, entre los actos de las figuras y los datos de época, aparece la “persona singular”, una especie de estrato liberal cuya función es servir como índice de los peligros y las disyuntivas que atraviesan nuestro tiempo.

La Emboscadura (1951) es una re-visión de *El Trabajador*, un ensayo sobre la posibilidad de la libertad dentro de nuestra situación histórica. Es también un diálogo con el Camus de *El Hombre Rebelde*: “yo me rebelo, luego somos”. Irse al bosque, emboscarse, no conforta ni trae paz. “No es una actividad idílica ni un acto romántico.” No cabe escoger entre el bosque y la nave, el Titanic. Es más bien “trasladarse del orden abarcable de la estadística a otro orden, invisible”. La disyuntiva que le plantea nuestro tiempo a la persona singular es o bien poseer un destino propio o bien tener el valor de un número. Por ello el autor es un emboscado, su sustento es la independencia. El emboscado está decidido a ofrecer resistencia y tiene como propósito llevar adelante la lucha sin detenerse en que la consecuencia ética del automatismo es la fatalidad.

Emboscarse era una antigua práctica islandesa que seguía a la proscripción. Mediante la emboscadura “proclamaba el hombre su voluntad de depender de su propia fuerza y afirmarse en ella sola...” El bosque era el lugar de la libertad. Jünger actualiza esa práctica para mostrar que existen medios de resistencia diferentes a los del *no* institucional. La doctrina del bosque parte de una confrontación del hombre consigo mismo pero el propósito de tales medios no es la simple colonización de reinos interiores: “no podemos limitarnos a conocer la verdad y la bondad en el piso de arriba mientras en el sótano están arrancando la piel a otros”. El emboscado sabe que la posibilidad de conculcar los derechos está “en relación directamente proporcional a la libertad con que se enfrenta”. Por eso, no le permite a ningún poder “que le proscriba la ley, ni por la propaganda, ni por la violencia...” Así, la emboscadura puede hacerse realidad a cada hora, en cada

sitio, también frente a una enorme superioridad de fuerzas. Contra esas fuerzas superiores las rutas extremas sirven si se mantiene franco algún camino transitable.

Mientras que la rebelión del Hombre Rebelde de Camus era el acto de un hombre informado que posee la conciencia de sus derechos individuales para el emboscado la libertad acaso exija dejar al tiempo, como botín, la cualidad de individuos tal como la entendió el liberalismo. Camus piensa que la idea de la rebelión sólo tiene sentido en la sociedad occidental pero continuamente apela a la "humanidad", ya sea como prueba de la solidaridad rebelde, ya sea para encontrar el nexo entre la experiencia del sufrimiento individual y la conciencia posterior del ser colectivo. La divisa del emboscado es *aquí y ahora*, en cualquier lugar, a solas u organizando una minoría selecta que marque frente a Leviatán las medidas de una libertad válida; una libertad que es preciso readquirir una y otra vez.

Cuatro. La figura del anarca está encarnada en Martín Venator, historiador de profesión, *barman* en la alcazaba del tirano de *Eumeswil*, el Cóndor. Una posición —otra vez como la cicindela— situada en la zona estratégica que separa el mar del bosque. El mar es el reino de Leviatán, el bosque el indeterminado lugar de la libertad; la constelación dominante es acuario.

El anarca es la contrapartida positiva del anarquista. Es una figura donde Jünger mezcla algunos principios genealógicos debidos a Nietzsche con observaciones de tipo geológico. Así, una precisión geológica transparente a *Eumeswil* como un "aluvión de acarreo de una masa popular sobre zócalo alejandrino". El anarca encuentra su sedimento genealógico, su linaje, en la taberna de "Jacob Hippel", lugar de reunión de Bruno Bauer y Los Libres. Mejor conocidos como la Sagrada Familia gracias a un panfleto que escribieron en su contra Marx y Engels. A esas reuniones asistía Johann Caspar Schmidt a quien sus compañeros apodaban "frontudo" (Stirner), apodo que convirtió en el apellido perfecto para un nombre invisible: Max. Max Stirner, autor de *El Único y su propiedad*. El Único dice:

esto no es mi causa. Nada hay superior a mí. No siendo mi objeto derribar lo que es, sino elevarme por encima de ello, mis intenciones y mis actos no tienen nada de político ni de social... la revolución y la insurrección no son sinónimos; la revolución ordena instaurar, instituir. La insurrección quiere que uno se subleve o se alce... Yo he basado mi causa sobre nada. Mi causa no es divina ni humana, no es ni lo verdadero, ni lo bueno, ni lo justo, ni lo libre, es lo mío; no es general, sino única, como yo soy único.

Jünger recorta la figura del anarca a partir de una espiral de contraposiciones que gira sobre la persona singular, en este caso, muy cercana a los atributos del "hombre natural", del Único: el anarquista es el antagonista del poderoso, el anarca es su polo contrario. El poderoso quiere dominar a todos,

el anarquista quiere acabar con él, el anarca sólo busca dominarse a sí mismo —por ello tiene una relación objetiva, y escéptica, respecto del poder.

El anarquista ha sido expulsado de la sociedad; el anarca ha expulsado a la sociedad, no quiere mejorarla sino mantenerla a distancia.

Venator puede conservar su libertad y servir como camarero porque no se compromete con nada; no toma nada con definitiva seriedad; no al modo nihilista sino "como un centinela en la línea de avanzada". Únicamente retrocede ante el disfraz de la entrega última, los juramentos, el sacrificio. Los problemas morales o de derecho son para él accidentes de circulación que, a lo más, exigen cambiar de camuflaje: el anarca puede revestir todos los disfraces. "Puede, por ejemplo, trabajar tranquilamente tras una taquilla o en una oficina. Pero cuando las abandona, por la tarde, desempeña un papel totalmente diferente."

Su actuación política semeja la de un Robinson por la "naturalidad" en sus elecciones, por la simpleza de sus definiciones: cuando hace calor se quita el sombrero, cuando llueve abre el paraguas, cuando tiembla sale de casa. No está a favor ni en contra de la ley, no la reconoce pero procura conocerla. Al anarquista, en ese mismo sentido, un simple control de pasaporte le resulta funesto.

El anarca está más afirmado en sí mismo que el emboscado. Sin embargo, no es un individualista. No se presenta como "gran hombre" o "espíritu libre" por una razón de método: su meta no es la libertad ya que ésta es su propiedad. Además, tiene un grado mayor de distanciamiento respecto de cualquier tipo de idealismo. Quizás esto se deba a que en *Eumeswil* se ha consumido la sustancia histórica y "el catálogo de posibilidades parece agotado". Resulta necesario que en un lugar así se acentúe la nostalgia por la configuración de mitos.

Cinco. El lugar de la palabra es el bosque. El bosque es el lugar de la ambivalencia, de la libertad indeterminada, de la vida y la muerte. Al final de la novela, Venator viaja a los bosques después de lograr el distanciamiento total frente a la existencia física. Al final de *Heliópolis* Lucius de Geer inicia un recorrido hacia "donde se realizan los auténticos sueños". Se trata de viajes al reino de lo ilimitadamente posible; donde "la esperanza conduce más lejos que el terror". El reino de las palabras, una vía libre y salvaje donde el autor tiene que asumir sus riesgos "aunque sea él mismo uno de los animales contra los que está prohibido tirar". Allí, explica Jünger en *La Tijera* (1990), "es posible hacer visible lo invisible; las cosas que no están presentes podemos acercarnos a la razón mediante parábolas, y a la intuición, mediante símbolos". ¿Y no es esto justamente lo que ha hecho Ernst Jünger? ¿Nombrar lo invisible junto al muro del tiempo? ¿Mostrar que la resistencia puede ser posible aún en un presente que la hace aparecer como estrategia impracticable? Señalando a quien quiera ver que el camino puede convertirse en meta a cada momento si al pensar o al crear se resiste. ♦